

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Agosto 20 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 3.

LOS AMORES DE MARTA

POR

CÁRLOS MARÍA RAMÍREZ

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO TERCERO

LOS DE SIANI

CUANDO Rodolfo salió de casa del Dr. Nugúcs, eran las nueve de la noche.—Está la calle de Cuyo en el apogeo de su radiante y bullicioso movimiento.—La luz de los faroles de gas palidece ante los resplandores que arrojan centenares de puertas y vidrieras á uno y otro lado de la calle.—Todos los dialectos italianos hablan en aquella Babel, por boca de un mercado, cafés, fondas, tiendas, almacenes, talleres de toda especie y grupos que disputan y gesticulan en todas las esquinas, perturbando la rápida y tumultuosa circulacion de los viandantes.—Los tramways que se anuncian desde lejos, con sus enormes pupilas, rojas, azules ó anaranjadas, y con sus toques estridentes de corneta, se deslizan incandescentemente por los rieles, bajando y levantando pasajeros, al son de sus penetrantes campanillas, mientras los carruajes de plaza, luciendo sus faroles como grandes luciérnagas, saltan estrepitosamente sobre el desigual empedrado.—Alzan su voz enronquecida los rematadores nocturnos, y de las salas de tiro surgen detonaciones frecuentes cuyo eco se pierde en la alegre y variada algarabía de aquel torbellino viviente.

Siéntese Rodolfo arrebatado y protegido como partícula indistinta de la movediza muchedumbre.—Echa á andar, seguro de que la borrasca de sus emociones puede impunemente descargar en su fisonomía espantada; pero le es penoso caminar, experimenta una horrible necesidad de estar quieto y reconcentrarse en sí mismo.—Al pasar por un taller de alfarería, se detiene maquinalmente en la puerta, y entra.—Hay allí leones pintados de verde; rojizas estatuas, simbólicas de las cuatro estaciones, y bustos de personajes históricos casi perdidos entre una inmensa coleccion de cornizas, chapiteles, medallones, vasijas de todas menas y otros objetos poco dignos de figurar en un romance.—Pudiera creerse que Rodolfo se absorbe en la contemplacion de aquellas obras groseras, tal es la fijeza de su mirada cuando las va examinando sucesivamente; pero en su interior, presa de una siniestra conmocion, evoca todos sus recuerdos del pasado.... oh! un pasado lleno de dolores y miserias, y vergüenzas, para él y para todos los suyos!

Allá, hácia los últimos tiempos de la tiranía de Rosas, habia llegado á Buenos Aires un jóven napolitano, que se hacia llamar Conde y se decia gentil-hombre del Rey de las dos Sicilias.—Aparecía viajando por placer; era elegante, hermoso, de maneras

distinguidas, de ameno trato en los salones y fantástico en sus intimidades. Podia ser un calavera, mas calavera de buen tono.—D. Pedro de Angelis, que era entónces director de la prensa de Rosas, le dispensó proteccion, y daba público testimonio de lostitulos y dignidades de su compatriota.—El, sin embargo, ponía cierta malicia capciosa en su acento cuando se inclinaba delante de Rodolfo de Siani, diciendo: *Signor conte!*

Por esa misma época, doña Dorotea Valdenegros tenia ya algunos años de viuda, sin hijos, y gozaba el concepto de una opulenta propietaria.—La señora, hablando con franqueza, debiale muy poco á la hermosura, y ménos aún á las dotes indefinibles que suscitan la simpatía humana.—Confesaba treinta y cinco años y tenia cuarenta.—No importa!—El amor es caprichoso.—El Conde De Siani se enamoró perdidamente de aquella respetable viuda y supo manifestar su pasion con tan persuasiva elocuencia que la señora no pudo resistir al contagio de aquel corazon ardiente como las entrañas del Vesubio.

Trató en vano don Francisco de impedir el casamiento de su hermana.—Era doña Dorotea de carácter ágrío, imperativo y presuntuoso.—«Acaso es ley divina ó humana (dijo replicando á las observaciones de don Francisco) que la mujer sea más jóven que el marido? El Conde me ama!—Y de que és! Conde no puedé caber duda.—Basta mirarlo... ¿Porqué he de contrariar cruelmente las inclinaciones naturales de ese jóven?»—Y despues, como argumento supremo, añadió suspirando: «Fuí casada con un viejo, y no tuve familia. Es muy lejítimo que aspire á conocer los placeres de la maternidad.»

Lo del amor del Conde era superlativamente indudable.—La luna de miel fué deliciosa.—El novio tenia el arte mágico de formar en torno de la novia una atmósfera impregnada de ternuras, y finezas, y cortesías delicadas, y homenajes incensantes de exaltada satisfaccion amorosa. Doña Dorotea creia soñar despierta. A veces se asustaba de ver tanta felicidad en su hogar, pero cuando iba á Palermo, á la tertulia de Manuela Rosas, ella, alta y descarnada, de tez morena y cetrina, con arrugas y canas, acompañada por aquel jóven blanco, rúbio, apuesto, con modales de córte, y que aprovechaba tan solemne ocasion para deshacerse en toda suerte de atenciones conyugales... ah! entónces desechara todo sentimiento triste para desafiar con ufania y orgullo las miradas insidiosas del salon...

Por lo demás, ese Conde De Siani, era un modelo de delicadeza en materia de intereses pecuniarios! Antes de casarse, habia declarado categóricamente que no tomaria ninguna intervencion en el manejo de la fortuna de su futura esposa. Proceder en contrario, seria asumir una responsabilidad demasiado pesada. ¿Para qué?—Su patrimonio de Nápoles y su dotacion como gentil-hombre de S. M. Fernando II, lo ponian á cubierto de todo sentimiento sórdido.—Esto lo repetia el Conde con frecuencia, y debia ser muy cierto porque fué menester que la Condesa pusiera en juego toda la enerjia de su temperamento excitable, para que su esposo se resignase á ejercer los derechos maritales en la administracion de la dote con igual amplitud que en lo demás.—Llegar á este resultado fué indeclinable cuestion de amor propio para doña Dorotea. ¿Cómo habia ella de permitir que el Conde afectase

estar en guardia contra murmuraciones odiosas, no ménos insultantes para la hidalguía del novio que para los encantos físicos de la novia?

Resignóse, pues, el Conde á llevar sobre sus débiles hombros la abrumadora carga de la administración de la fortuna de su esposa.—Durante los primeros tiempos, hacia el papel de un intendente sumiso.—Esto deleitaba y mortificaba á doña Dorotea. La deleitaba, cuando creía ver en ello una nueva demostración de afecto, y la mortificaba cuando se atrevía á pensar: si me estará tomando por una vieja avara!—En la duda, no se cansaba de decirle al Conde: «Cuando marido y mujer se aman (las conversaciones de la señora eran una eterna conjugación del verbo amar)—el marido maneja la fortuna de la mujer con entera independencia».—Pero el Conde; quinta esencia de la moderación, no estaba dispuesto á usar de tan altas facultades, y eso que, á su juicio, en América no se conocía el arte de movilizar los capitales para fecundizarlos y reproducirlos en las evoluciones de la circulación.—Se preciaba de economista.—Su ideal era precisamente ese: la movilización de los capitales, y citaba con frecuencia á Genovesi, Gioja y Romagnosi, en presencia de doña Dorotea que quedaba deslumbrada por la erudición científica de su Adónis.

Insensiblemente se había ido el Conde olvidando de su patrimonio de Nápoles, y aún de su dotación como gentil-hombre del Rey de las dos Sicilias. Un día en el curso de sus disertaciones sobre la movilización de los capitales, llegó á decir:

—Si yo tuviera libertad para manejar esta fortuna!

—La tienes, respondió su esposa.

—Jamás! replicó él con un ademán dramático.

Pasaron los meses.—Doña Dorotea iba de felicidad en felicidad. Esta vez, no le negaba el cielo los placeres de la maternidad.—Cuando pudo cerciorarse de ello, tuvo un movimiento irresistible de gratitud para su joven esposo, intermediario providencial de aquel milagro.—Buscó en su imaginación lo que más podía complacer al Conde; fué hácia él; le reveló el dulce secreto, y después, en las expansiones del regocijo íntimo, cuando comprendió que el Conde nada podía negarle ya,—le notificó la orden terminante de poner en práctica las famosas teorías económicas sobre movilización de capitales.—De Siani tuvo que resignarse nuevamente á las intimaciones de su esposa, y los manes de Gioja, Genovesi y Romagnosi recibieron honores inmediatos y reiterados de su ardoroso adepto.—La movilización empezó.—Entró el Conde en toda clase de negocios y se hizo fácilmente el Rey absoluto de las especulaciones en una época de marasmo comercial, como lo era la de Buenos Aires, antes de Caseros.

Don Francisco no pudo ménos de alarmarse al ver empeñado en aventuras arriesgadas el patrimonio de su hermana. Fué á verla y se atrevió á indiciar, con formas muy discretas, la inconveniencia de comprometer en tales operaciones una fortuna considerable, sólida y saneada... No lo hubiera dicho!—Doña Dorotea, cuyo natural intolerante estaba en aquellos momentos reforzado por las perturbaciones de la gestación, se apresuró á fulminar con indignada cólera la impertinente osadía de don Francisco.—«El Conde sabe bien lo que hace»,—dijo en conclusión;—y después, como para acabar de anonadar á su hermano, que había osado también oponerse á su matrimonio, añadió gravemente:

—Es muy lejítimo que nos preocupemos de acumular una fortuna mayor, porque no van á vegetar aquí, sino á lucir en la corte de Nápoles, los frutos de nuestro amor...

—Frutos! exclamó don Francisco;—ya hay frutos?

—Los habrá!—replicó, triunfante, la Condesa.

Y hubo en efecto uno, un niño, que nació en 1850, fué bautizado con el mismo nombre de su padre, en óleos lujosísimos, siendo sus padrinos Rosas y Manuelita;—y ahí está ahora con 23 años cumplidos, contemplando leones verdes y estatuas rojas en la alfarería de la calle Cuyo.

Á las mil maravillas siguió por algun tiempo la pareja del Conde De Siani y doña Dorotea Valdenegros.—Estaba dando terribles resultados la movilización de capitales; pero ella lo ignoraba.—Al acercarse el día del alumbramiento, De Siani había exhortado á su esposa á que le otorgase un podercito para proseguir la gestión de todos los negocios sin necesidad de incomodarla en oportunidad tan crítica, y la señora había consentido, muy grata á los previsores cuidados de su esposo.—Acudió el escribano con el protocolo, para hacer firmar el poder. Ya lo llevaba escrito, con facultades amplísimas, ilimitadas.—El Conde se apresura á declararlas innecesarias; regaña al escribano, porque no era eso lo que se le había encargado, y exige que se haga una nueva escritura, anulando la que venía preparada... pero doña Dorotea está allí para impedirlo... ¡Cómo! ¿ha de consentir ella que aquel extraño se atreva á creerla desconfiada de las intenciones del Conde, acaso porque ella es vieja y él es joven?—«No, señor escribano;—traiga ese poder para firmarlo; está perfectamente; es eso lo que yo quería. Cuando marido y mujer se aman, la confianza no tiene límites!» Quedó firmado el poder, y el Conde se resignó á aceptarlo, quedando legalmente habilitado, por sí solo, para hipotecar, vender y movilizar con movimiento continuo todos los bienes de doña Dorotea Valdenegros.

Eran complicados los negocios, y á causa de eso mudeaba De Siani las ausencias diurnas y nocturnas del hogar.—Se susurraba que había empezado á movilizar también, y muy activamente, la fidelidad conyugal; pero doña Dorotea, en esa época, hubiera sido capaz de poner sus manos al fuego por la fé jurada é inviolable de su Conde.—Debemos disculparla! ¿Quién hubiera podido resistir al magnetismo de aquel bonito Mefistófeles, que sabía alternativamente ser apasionado, zalamero, jugueteo, espiritual, erudito, magestuoso... singular gentil-hombre, consagrado, no á servir á su dama, sino á trastornarle el seso?—Después,—el niño iba creciendo; ya zangoloteaba sus piernitas; ya picoteaba las palabras, y parecía haber heredado la brillante inteligencia del padre.—¿Estaría predestinado á ser otro economista?—Doña Dorotea no pensaba precisamente en eso, pero estaba encantada en su hijo, talvez con más orgullo de maternidad retardada que con intenso cariño maternal.—Si alguien hubiera ido á hablarle de las travesuras del Conde, habría rechazado tales sugestiones como écos despechados de la justa envidia que suscitaba en Buenos Aires la incomparable felicidad doméstica de la Condesa de Siani!

Vino la caída de Rosas, en 1852.—El Conde se consideró comprometido, á causa de sus asiduidades en Palermo, y de su estrecha relación con el redactor del Archivo Americano. Necesitaba dejar pasar la efervescencia de los ánimos para no esponerse á una venganza política ó personal.—Doña Dorotea fué de la misma opinión. No estuvo tranquila mientras no vió á su esposo á bordo del buque que debía conducirlo á pasar una temporada en Europa,—donde, de paso, liquidaría sus asuntos, pues con ocasión del viaje volvió el Conde á recordar que tenía un patrimonio traspapelado en su tierra natal. Su *desideratum*, así se expresaba él, hubiera sido ir acompañado por la Condesa, y presentarla en la Corte, haciéndole tomar el puesto de dama de honor de Maria Teresa, archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias;—pero, con todo dolor de su corazón, tuvo que desistir de su empeño, ante los peligros de tan largo viaje para la tierna salud de Rodolfo.—Resignóse el Conde á partir solo, y, ya sea como recuerdo conyugal, ya por no perder el hábito de la movilización de capitales, es fama que llevó consigo una muy buena parte de los de su muy amada esposa.

Dos años permaneció De Siani en Europa.

Esta ausencia prolongada desazonó bastante á doña Dorotea. Había desaparecido toda sombra de peligro, y las cartas del Conde no esplicaban satisfactoriamente su demora. Figúrense cómo sufriría con esto el amor propio de la Sra. Condesa!—Si estaría reyendo Buenos Aires que el Conde había abandonado para

siempre á su mujer!—Don Francisco la veía con suma frecuencia, y estas atenciones fraternales le parecían demostrativas de una compasión insultante. Con cuánto afán disimulaba sus penas! Toda persona que con ella hablaba, quedaba sabiendo dos cosas: que la señora acababa de recibir una larga carta del Conde, y que acababa ella misma de escribirle aconsejándole que prolongase su paseo por Europa. Esta misma cantinela se repetía todos los días de la semana, y la gente se preguntaba si doña Dorotea tendría para su uso particular un servicio diario de vapores trasatlánticos.—Entre tanto, es claro que la procesion andaba por dentro. Mediaban circunstancias de la mayor gravedad. No obstante las precauciones tomadas por De Siani al ausentarse, doña Dorotea había logrado averiguar que algunas de sus fincas urbanas estaban enajenadas, y á la vez hipotecada una parte considerable de sus campos.—La señora, encandilada hasta entónces con las luces fosfóricas del amor que le fingía el gentil-hombre, se restregaba los ojos y comenzaba á ver algo en las oscuridades de aquella alma astuta.—Por Dios! á doña Dorotea le parecía increíble, pero había llegado á sospecharlo: el Conde se había casado con ella para explotar su fortuna!—Bajo la influencia de estas dudas, revocó solemnemente el poder conferido al Conde en la época del alumbramiento.

Al fin, un buen día, en 1854, De Siani se presentó inesperadamente en su casa.... Desmayóse doña Dorotea, y al volver en sí encontró á su marido tan buen mozo que con una rápida evolución mental le perdonó las hipotecas y las enajenaciones que el maldito había contratado subrepticamente.—Por desgracia, el Conde era ya otro hombre. Muy luego pudo doña Dorotea apercibirse de que estaba á su lado un joven dispuesto á reñir la batalla conyugal con el aplomo de quien tiene retirada segura y propicia. El gentil-hombre ya no se tomaba el trabajo de engatusar á su dama, sino en ciertas ocasiones decisivas, cuando necesitaba arrancarle el consentimiento para lanzarse á nuevas especulaciones atrevidas, que seguían siendo una de sus pasiones favoritas, ó para arbitrar los fondos que requerían sus derroches, pues de día en día los vicios más dispendiosos iban incorporándose á los hábitos normales de su vida.—Pronto comenzaron á surgir furibundas escenas de celos, en las que doña Dorotea derramaba toda la resaca de su carácter áspero y dominante, apaciguado algún tiempo en las dulces ilusiones de un amor de invierno, y alborotado ahora y revuelto por la marea creciente de las decepciones.—Las reyertas por razón de celos se complicaban á menudo con otras por razón de intereses. Insensiblemente, marido y mujer fueron perdiéndose toda consideración, todo respeto. Doña Dorotea se presentaba ante el Conde, sañuda, acusadora, implacable, renovándole á cada instante el proceso de sus aventuras y dilapidaciones escandalosas; y el Conde se vengaba de todo haciéndole sentir á la señora, por mil medios, que encontraba muy ridícula la longevidad de sus impulsos amorosos.

Crecía el niño entretanto, con instintos sagaces, y se orientaba desastrosamente en las miserables borrascas de su hogar. ¿Fueron solo inconscientes simpatías orgánicas las causas que le hicieron tomar partido en defensa de su padre?—El Conde no se ocupaba de Rodolfo sino para acariciarlo, para complacerlo en sus caprichos del momento, para llevarlo de tiempo en tiempo á los paseos públicos, al circo, al teatro, á las casas de juego!—Y Rodolfo se abandonaba con deleite al cariño de aquel hombre joven, bello, expansivo y verdaderamente seductor.—Nada de eso podía encontrar en doña Dorotea. Era ella la mujer adusta que se consagraba á contenerlo y corregirlo.—La veía constantemente preocupada, sombría ó colérica, pensando en las calaveradas del Conde, viendo próximo el derrumbe de su fortuna, cavilando acaso con la idea de que su hijo podía haber heredado las cualidades morales del hombre que la había traicionado y la estaba arruinando... Después, cuando entraban en lucha la risueña figura del padre y la airada silueta de la madre, Rodolfo tenía hecha su elección

la sangre De Siani rebullía exclusivamente en los latidos de su corazón infantil.

Oh! llegó un momento en que doña Dorotea se hubiera guardado bien de hablarle á don Francisco de los placeres de la maternidad! Rodolfo era el ayudante del verdugo en el suplicio de la desdichada señora.—«Ves, le decía á veces, comprimiendo con sus manecitas blancas las mejillas rosadas y lozanas del Conde,—este, si no fuera tan lindo, parecería hijo tuyo.»—Y el Conde lo besaba, lo tomaba de los antebrazos para levantarlo y hacerle describir semi-círculos en el aire, mientras doña Dorotea murmuraba: «monstruo!».—Concluyó Rodolfo por intervenir en todas las reyertas de sus padres.—Se interponía entre ellos y gritaba: «vieja celosa», «vieja cicatera», «vieja ridícula».—Y el conde lo colmaba de caricias y cortaba la disputa saliendo á pasear con él... ¿Quién podría describir los desmoronamientos morales que se iban produciendo en el alma de aquel niño?

En 1858, se le ocurrió al Conde hacer otro paseo por Europa.—Esta vez, no le ofreció á doña Dorotea el rango de dama de honor de María Teresa, archiduquesa de Austria y Reina de las dos Sicilias. Partió solo, y casi casi se lo agradeció aquella.—Cada especulación del Conde había tenido por desenlace un descalabro. Doña Dorotea intentaba aprovechar la ausencia de su marido para restablecer el orden en su asendereada fortuna.—Volvió el Conde al año, con una novedad que fué el escándalo de la época. Era una joven de extraordinaria hermosura, á quien llamaba *marquesa*, asegurando á los amigos que en efecto lo era, en tanto que los artistas de Colon la visitaban como corrida bailarina del Teatro de la *Scala*. El Conde había instalado suntuosamente á la marquesa, y hacía ostentación de sus relaciones adúlteras.—Doña Dorotea no tardó en saberlo. En Palermo, convertido ya en paseo público, los había encontrado una vez, rozándose como dos novios en un coche, y el Conde había tenido el atrevimiento de hacer á su compañera una seña que claramente se interpretaba así: «Esa que va ahí es mi cruz.»—Ibase colmando la medida y no tardó en desbordar.—Un día que Rodolfo había salido con su padre volvió muy contento diciendo:—«Ah! si supieras adonde me llevó papá; una muchacha más linda! Da gusto darle besos.»—Doña Dorotea comprendió quién era la muchacha, y se levantó inmediatamente para ir á ver á un abogado. Instauróse al punto la demanda de divorcio ante la Cúria Eclesiástica.—Se ocurrió á la justicia ordinaria para que determinase los efectos civiles de la demanda. El Conde tuvo que salir de su casa, y ya puede calcularse adonde fué.—Rodolfo entró como pupilo en el Colegio de los Jesuitas.—Muy pronto aquella catástrofe se eslabonó con otras. El Conde, desde su último viaje á Europa, se encontraba singularmente excitado. Hablaba y gesticulaba de una manera muy extraña.—Los pleitos con su esposa acabaron de sacarlo de quicio.—No estaba aún fallada la causa de divorcio cuando el Conde comenzó á manifestar síntomas inequívocos de enajenación mental. La marquesa daba fueros extra territoriales á sus hábitos de bailarina de la *Scala*, y sus infidelidades fueron un día sorprendidos por el Conde. Quiso matarla... Estaba loco... loco furioso!—La marquesa dió cuenta á la policía y el Conde De Siani fué inapelablemente conducido á un hospicio de alienados.—Pocos meses después, doña Dorotea volvía á quedar viuda, y ningún Conde de la tierra hubiera podido seducirla hasta el punto de hacerla contraer terceras nupcias.

Don Francisco fué en aquellas duras circunstancias verdadera Providencia de su hermana, que hasta entónces se le había esquivado por temor de censuras retrospectivas. Los desastres de la fortuna que había movilizado el Conde eran más profundos que lo que ella imaginaba. Todos los bienes existentes habrían bastado á penas para saldar los compromisos pendientes, si no se hubiese descubierto quedese desde el tiempo de su primer viaje á Europa, el Conde había depositado en un Banco de Génova una respetable suma de dinero.—A vueltas de grandes dificultades, fué rescatada esa suma, y mediante ella y las que don Francisco adelantó,

se hizo posible salvar las propiedades de doña Dorotea hasta valor de ochenta ó cien mil fuertes, con lo cual tenia ella lo suficiente para sostener «la dignidad de su rango», según el texto auténtico de sus propias palabras.

Continuó Rodolfo su pupilaje hasta los quince años. Iba una vez por mes á su casa, donde permanecía huraño y taciturno, contestando con palabras breves las preguntas de su adusta madre, y dirigiéndole á hurtadillas miradas de una profunda aversión.—Ah! sus discípulos habian tenido buen cuidado de hacerle saber que el Conde De Siani habia muerto encerrado en una casa de locos, y este infortunio, esta afrenta, en el juicio apasionado de Rodolfo, aparejaban terribles responsabilidades de su madre.—Por lo demás, el niño seguía perfectamente sus estudios. En cuanto á eso, no habia queja; pero el Rector del Colegio, hablando de él, siempre le decia á doña Dorotea: «carácter difícil, muy difícil!»

Cuando Rodolfo dijo adiós á los graves y severos jesuitas que durante seis años lo habian tenido enjaulado, manifestó vocacion por el estudio de la medicina y entró á los cursos preparatorios del Colegio Nacional.—Tanto tiempo de sujecion absoluta, de disciplina monacal, eran una preparacion peligrosa para la vida libre de un jóven que iba á encontrarse en seguida en abierta hostilidad con la única persona autorizada á encaminar sus pasos. Muy luego, inclinaciones y pasiones mal sanas desbordaron en su naturaleza precoz, y cuando doña Dorotea pretendió erguirse para contenerlas, Rodolfo la rechazó con este apóstrofo brutal: «Tú que has dejado morir á mi padre en una casa de locos, no tienes derecho de ingerirte en la conducta del hijo.» Estas palabras, falsas en su esencia y absurdas en su alcance, fueron el eterno estribillo que Rodolfo oponia siempre á los reproches y amonestaciones de la madre.

Profesor de calaveradas era ya Rodolfo á los 17 años!. Fuerte, buen mozo, inteligente, pródigo, gozaba de gran voga entre el mundo *interlope* de Buenos Aires, y muy particularmente en las zonas inferiores de ese mundo. Esto, á decir verdad, era uno de los puntos en que se manifestaba doña Dorotea más intransigente, porque ella, no obstante sus agravios, se vanagloriaba de ser viuda de un Conde y ambicionaba este título para su hijo, mortificándole mucho por consiguiente, que Rodolfo se mostrase extraño «á los altos sentimientos de su raza y á los respetos que le imponia su nombre». Bajo este concepto, no es posible desconocer, en buena ley, que Rodolfo deshonraba sus blasones con achaques de democracia excesiva. Sus compañías eran de la peor ralea, y dá horror pensar en la clase de gente que tenia entrada franca á casa de la *Condesa De Siani, nata Valdenegros*. A veces, en las habitaciones de Rodolfo se lo pasaban cantando todo el día... ¿Quiénes? Los coristas de la zarzuela! De repente, un buen día, los corredores del fondo de la casa se llenaban de aparatos gimnásticos.—Allí estaban los acróbatas del Circo; allí gesticulaba el payaso!—Y doña Dorotea tenia que sufrirlo todo, so pena de que los coristas ó los acróbatas se enterasen del terrible estribillo de Rodolfo.

Aquel extravagante y desenfrenado libertino se daba maña, sin embargo, para llevar adelante sus estudios. Dos ó tres meses antes de los exámenes, Rodolfo despedía su clientela turbulenta, archivaba sus desórdenes, y se entregaba en cuerpo y alma á los cursos del Colegio y á los libros de clase.—Estudiaba con ardor, y con provecho, porque tenia inteligencia fácil, amplia. Iba despues á dar exámen y dejaba asombrados á los profesores.—¿Estaria regenerado aquel tronera?—Ganado el año, Rodolfo volvía á su clientela, á sus desórdenes, hasta aproximarse de nuevo la época de las pruebas académicas, y entonces se repetía su hazaña, que, siquiera fuese interesada y fugaz, revelaba no estar en el espíritu de aquel jóven enteramente desmontado el resorte de la voluntad moral.

Quien habia frecuentado las casas de juego, como espectador

infantil, en compañía de su padre, era natural que encontrase placer en frecuentarlas de adulto y como actor.—Jugaba, jugaba con la impetuosa pasion que era el rasgo característico de todos sus actos. Si la suerte se le mostraba propicia, las ganancias eran rápidamente absorbidas por los derroches habituales. Si la suerte era adversa, ahí comenzaban las angustias. En esas ocasiones, Rodolfo abordaba solemnemente á doña Dorotea.—Las deudas del juego son sagradas. Jugar no es deshonra; pero sí lo es traspasar lo que se ha perdido al juego. El honor ante todo! Que no quedase deslustrado el apellido De Siani!—Pagados sus compromisos de honor, Rodolfo se comprometia á no poner los piés en el umbral de un garito..... Con esa gerigonza caba llesca de los jugadores, esa excitacion al puntillo de una señora casquivana y esa promesa irrevocable pero siempre revocada, lograba Rodolfo ponerse en fondos para conservar su crédito y seguir implorando los favores de la fortuna.

«El honor ante todo»—repetia con altivez doña Dorotea al entregarle el dinero y añadía entre dientes:—«Él me lo agradecerá», porque, es menester decirlo, á medida que el tiempo trascurría, se iba la señora reconciliando con la memoria de su Conde.—Había imaginado un sistema ingeniosísimo para depurar esa memoria en la pira de su resucitado entusiasmo.—Todas las infidelidades y dilapidaciones de su marido fueron manifestaciones de locura. Mientras estuvo cuerdo, habia amado á su esposa y le habia sido fiel, y dado pruebas irrecusables de delicadeza pecuniaria. ¿Podía hacerse responsable de las consecuencias de su enagenacion mental? Ya la señora escuchaba con asomos de remordimientos el eterno estribillo de su hijo!

Inauguróse en Buenos Aires el Alcázar Lírico, y allí fué la suprema florescencia del libertinaje de Rodolfo.—Qué locuras! Qué triunfos!—Se dejó sin embargo avasallar por una pasion de camarín, y cuando acordó habia perdido su segundo año de medicina.—Desde entonces se le hizo cuesta arriba retomar el hilo de sus estudios; no tuvieron tréguas sus disipaciones; sin horizontes ni esperanzas, vivió dos años encarnizado en el vicio, dominado por un vertiginoso anhelo de placeres y opulencia, acosando á su propia madre con una miserable y perpétua lucha de exigencias que ella no podia satisfacer sin desmoronar nuevamente su fortuna.

En medio de esta crisis, habia ideado doña Dorotea encarrilar á Rodolfo en la carrera diplomática.—Rodolfo, por su parte, agotado de recursos, sintiendo ya la monotonía de su Bohemia porteña, habia aceptado aquel plan, aunque sin dejar de considerarlo muy estrecho para sus desbordantes ambiciones.—Estaba en su ayuno propiciatorio de cuarenta días, cuando ocurrió la enfermedad de Marta.—Una luz inesperada brillaba en el horizonte de Rodolfo.—Se apagaba enseguida; pero él habia querido alimentarla con un crimen... Se habia traicionado inútilmente! Existía un hombre que podia con razon vilipendiar y despreciar á Rodolfo De Siani... Todas las fatalidades de su naturaleza y de su vida cruzaban delante de sus ojos extraviados... Tuvo un estremecimiento nervioso;—irguió la cabeza, y salió de la alfarería de la calle de Cuyo con el gesto y el ademán de una resolución heroica.

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

Comprometido con los lectores de LA RAZON á contribuir á la edicion literaria de EL LUNES con una novela, esperaba tomarme el tiempo necesario siquiera para dar forma y trabazon á las diversas escenas que constituyen la sencilla trama del romance que habia concebido, pero urgido por el reclamo hasta cierto punto justo de algunos lectores del periódico, me veo forzado á entregar á la prensa los borradores de este primer capítulo, ó mas

bien dicho, de este primer cuadro tomado de la realidad, como todos los demas que sucesivamente publicaré.

No invento nada. Cuento apenas los amores de Cristina Peña con Alberto Conde, drama tejido por las circunstancias, y cuyo desenlace doloroso le dió marcado interés.

Sobre nadie, sino sobre mí mismo, recaerá toda la culpa de la precipitación de que forzosamente ha de resentirse una obra escrita sin preparación ni estudio. — A la crítica, solo le pido tenga en cuenta que todo mi tiempo lo absorbe la tarea del diario que dirijo, en el que día á día colaboro sin descanso, y por consiguiente no me es posible abordar un trabajo continuado con la serenidad y reposo que debería consagrarle, interrumpido como estoy á cada paso por diversos asuntos que reclaman mi atención.

Pero ni siquiera el derecho de pedir disculpas tengo, pues yo prometí escribir una novela, y lo prometido es deuda, sin que valgan razones que debí haber tenido en cuenta antes de hacer la promesa. El que la hace, la paga, dice un proverbio; y pues yo la hice, justo es que yo la pague, que bien merecido lo tengo por la petulancia de haber ofrecido lo que no podía cumplir. Así como así, el único que pierde soy yo, porque el lector queda relevado de toda molestia con solo pasar por alto estas páginas, que yo mismo no me atrevo á releer temeroso de encontrarme aún mas abajo de lo que á primavera vista me ha parecido.

Quien no se aventura, no pasa la mar. Animo pues, y al agua, que si no me ahogo en la primera zambullida, espero salir á la otra orilla, lector, á favor del salva-vidas de tu indulgencia, y perdon por la metáfora.

D. M.

I

A mañana estaba tranquila y sonriente, como si la naturaleza hubiese querido asociarse al regocijo á que se entregaba la ciudad en aquel día Domingo. Era una de esas mañanas de Marzo, serena y tibia, envuelta en tules diáfanos de brumas azules, entre las cuales se dibujaban con cierta vaguedad los contornos de las casas, de los árboles, de las lomas que cierran el horizonte por el lado del Cerrito, mientras que del costado del mar se confundían allá á lo lejos, en un mismo tinte, el manto del cielo y el dorso de las aguas dormidas bajo la calma.

Eran las nueve de la mañana. La ciudad estaba en plena actividad, esa actividad bullanguera de los días festivos, llenas las calles de gente, sobre todo la del Sarandí, cauce en que se encajona la corriente humana en continuo va y ven, como si fuera aquella la sola arteria que liga al Montevideo antiguo con su moderno ensanche fuera de murallas.

En la Plaza Constitución era mas activo el movimiento y mas bullicioso. Por todas las aceras se veían grupos de señoras que iban á la Matriz, cuyas empinadas torres hendían la atmósfera azul que envolvía á la ciudad, reverberando en sus cúpulas de porcelana los rayos del sol radiante que doraba todas las cornizas y pretilos de las azoteas.

En el Cabildo, se hacia el relevo de guardias al son de tambores y cornetas, presenciando las evoluciones un grupo de curiosos, mientras que por las veredas diagonales de la Plaza, continuaba el ir y venir de paseantes y devotas, que acudían al templo llamadas por los repiques alegres de las campanas, cuyos ecos poblaban los aires con zumbidos metálicos, como si un enjambre de coleópteros inmensos remolinease sobre la ciudad.

Sobre el empedrado, proyectaban sus sombras las copas de los árboles, que se dibujaban como tapices negros bordados con lentejuelas de oro, formadas por los rayos de sol que se filtraban por entre el follaje. Bajo uno de esos árboles, frente á la iglesia, estaba reunido un grupo de jóvenes que conversaban alegremente, interrumpiéndose á cada momento para saludar con una cortesía á las señoritas que acudían al templo. Eran todos jóvenes de la buena sociedad de Montevideo, como se echaba de ver por la elegancia de sus trajes y la delicadeza de las maneras con que accionaban en su animado diálogo, al que servían de tema las niñas que pasaban, bromeándose unos á otros sobre las preferencias que aquellas hacían al contestar los saludos.

El que más bromista se mostraba era Alberto Conde, buen mozo, joven de 22 á 24 años, de tez morena y ojos negros, á quien sus compañeros de rueda trataban en vano de devolver las bromas que él les daba, defendiéndose con su completo retraimiento de paseos, teatros y tertulias. Efectivamente, tiempo hacia que no se veía á Alberto en ninguna reunion, y sus mismos amigos se habían estrañado de encontrarlo aquella mañana frente á la Matriz, punto de reunion de todos los jóvenes que tienen novia devota ó que aspiran á encontrarla entre las que acuden á la iglesia.

En lo mas animado de la conversacion estaban, aseñando todos á Alberto para explicar cada cual á su manera la causa oculta de su retraimiento, cuando apareció por la misma acera en que ellos estaban, una joven vestida de negro, de estatura mediana aunque esbelta de cuerpo, haciendo sombra á sus ojos negros una pluma, negra tambien, que rodeaba su elegante sombrero. Caminaba con la mirada baja, como si abatiese sus párpados el peso de las pestañas largas y enarcadas que los frangeaban, pero al llegar cerca del grupo de jóvenes levantó los ojos, titubeó un momento como haciendo intencion de atravesar la ca-

lle, y temiendo sin duda que lo atribuyeran á debilidad, siguió por la misma acera, correspondiendo con una amable sonrisa al efusivo saludo que aquellos caballeros le hicieron. Alberto acompañó el saludo general tímidamente y siguió á la niña con los ojos hasta que esta atravesó la calle, subió la escalinata de mármol que conduce al atrio de la Matriz y entró al templo por la nave central.

—Está monísima Cristina, dijo guiñando el ojo Carlos Centeno, uno de los jóvenes del grupo.

—¿Quién es Cristina? preguntó Alberto que parecia salir de un letargo.

—Cristina Peña, mi amigo, le contestó Carlos; una polla que recién se presenta, y que será este año la reina de nuestros salones.

—¿Hermana de.....

—Sí, hermana de Elena y de todas las otras que tú conoces. Ya ves que no dejenera la raza, pues desde la madre hasta esta última, todas las Peña son lindas y elegantes.

Y sobre este tópico siguieron los jóvenes conversando durante un rato, prestando Alberto mucha atención á lo que sus amigos decían.

Las campanas ya no repicaban, y la afluencia de devotas disminuía en las aceras. Debía haber principiado la misa, y los jóvenes, pasado el interés del desfile, se dispersaron en distintas direcciones, siguiendo la mayor parte de ellos hacia la calle 18 de Julio, donde la feria estaba á esa hora en su mayor animación.

—¿No vienes, Alberto? dijo uno de los que se retiraba al ver que quedaba en el mismo sitio.

—No; contestó aquel; tengo que hacer algo por aquí, pero en seguida los alcanzo.

Quedó allí hasta que sus compañeros llegaron á la esquina del Cabildo, y en seguida, como si hubiera estado violento por la demora, atravesó rápidamente la calle y entró á la iglesia.

Comenzaba la misa cantada. Las altas bóvedas del templo repercutían con sonoridad los acordes graves del órgano, que acompañaba los cánticos monótonos de los sacerdotes. Por las claraboyas de la cúpula entraban chorros de luz morada, verde, azul y amarilla, rayos de sol teñidos por los cristales que atravesaban y en cuya luz revoloteaban millares de puntos luminosos, semejando esas burbujas que produce la fermentación del carbono en la dorada transparencia del *Champagne*.

Las naves laterales estaban casi desiertas, y los pasos de Alberto resonaban sobre el enlazado, despertando la atención de las curiosas que se volvían al ruido de aquellas pisadas profanas que turbaban el plácido sosiego del templo. Un centenar de señoras y niñas poblaban la nave central, todas de rodillas, siguiendo en sus libros los rezos que los sacerdotes entonaban en el altar mayor, sobre cuyo retablo oscuro se destacaban las luces de los cirios, amarillos y tristes, como avergonzadas ante el vivo resplandor del sol que entraba á torrentes por las vidrieras de la cúpula.

Alberto se detenía en cada uno de los arcos que separan las naves, miraba atentamente á las mujeres, y como si no encontrase á la que buscaba, seguía adelante, hasta que al llegar al último arco, quedó con la vista fija sobre una mujer que estaba aislada, debajo del púlpito, con la cabeza inclinada, los ojos entornados, moviendo imperceptiblemente los labios, mientras que recorría con cierta indiferencia las pequeñas cuentas de un rosario de marfil que tenía en las manos.

La misa entre tanto continuaba. Tres sacerdotes, resplandecientes bajo sus casullas recamadas de oro, oficiaban ante el altar. Ora se ponían en fila humillando la cabeza, ora con las manos abiertas sobre el misal, salmodiaban los rezos con sus voces gangosas, acompañados desde el coro por los chantres que contestaban con notas robustas y sonoras, cuyos ecos crecían en las concavidades de las bóvedas, prolongándose por largo rato.

Alberto Conde no veía nada de lo que pasaba es su torno. Con la vista fija sobre aquella mujer arrodillada debajo del púlpito, seguía todos sus movimientos con obstinada persistencia, atrayendo sobre sí la atención de las otras devotas que cuchicheaban entre sí como protestando contra la irreverencia del joven.

Los acólitos pasaron el evangelio de la derecha á la izquierda del altar, sentáronse los sacerdotes en sus tallados siales tapizados de rojo, el órgano preludió acordes llenos de armonía, y los fieles se pusieron de pié, mientras las señoras se arrellanaban sobre la alfombra en esa postura especial que las polleras ocultan bajo sus misteriosos pliegues.

Cristina tambien se sentó, y al hacerlo reparó en aquel joven que la miraba fijamente. Bajó la cabeza, sonrojáronsele las mejillas, é inconscientemente se puso á recorrer con movimientos nerviosos las cuentas de su rosario. Sin mirar, ella adivinaba que tenía sobre sí el fuego de aquellos ojos negros cuyo brillo la había sorprendido en el rápido encuentro de sus miradas. Ya no retrataba su rostro aquella plácida tranquilidad que hasta entonces había mostrado. Estaba desasosegada y confusa, dejando adivinar que forzosamente hacia por no mirar hacia el lado en que estaba Alberto, quieto, inmóvil, apoyado en un confesionario, y ajeno á todo lo que en derredor tenía.

El órgano continuaba sus melodías variadas, saltando de un tema á otro, mientras los monacillos preparaban á un lado del altar las vinajeras para el *offertorium*. Volvieron á arrodillarse las devotas, calló la música,

los sacerdotes se pusieron de pié y entonaron nuevamente sus cánticos nasales. Cristina permaneció sentada, como si temiese al cambiar de postura encontrar de nuevo aquellos ojos que ella sentía que la abrasaban con el fluido de miradas ardientes. El templo quedó en silencio durante algunos minutos. Solo se oía la toz cascada de una vieja, cuyo eco rebotaba de una bóveda à otra, como si el ruido fuese despertando otras toces dormidas en las concavidades de las naves.

De repente, sonó una campanilla, dando tres toques acompasados. Todas las oyentes inclinaron la cabeza y se golpearon el pecho con los dedos apiñados. Los sacerdotes, prosternados ante el altar, ocultaban sus cabezas tras de las casullas doradas, mientras los monacillos, de rodillas, también, les levantaban las faldas de las capas preciosamente recamadas. Al ruido de la campanilla, Cristina se puso de rodillas con un movimiento nervioso, como si despertase de un ensueño, y se entregó con fervor à la oración. Alberto permaneció impasible, como si no se diese cuenta del sitio en que se encontraba, absorto en la contemplación de aquella niña, cuya vista había despertado en él sentimientos desconocidos, que no acertaba à esplicarse, pero que lo enclavaban allí con fuerzas superiores à su voluntad.

El sacerdote oficiante levantó en alto con sus dos manos la hostia consagrada, la bajó despues lentamente, y poniéndose de rodillas, humilló la cabeza contra el panizuelo de batista que cubría el altar. La campanilla volvió à sonar con tres toques distanciados, y volvieron las devotas à prosternarse con humildad, repitiendo los golpes de pecho y cuchicheando las oraciones apresuradamente como si temieran quedar retrasadas. En seguida, el sacerdote practicó con el cáliz las mismas evoluciones que había hecho con la hostia: lo levantó, lo bajó, oró sobre él con la cabeza inclinada, y bebió su contenido apurándolo hasta las heces; y à cada una de estas acciones, sonaba la campanilla con toques lentos y tristes, que avivaban el fervor de los fieles contritos y cabizbajos, como anonadados ante el recuerdo del sacrificio que aquella ceremonia simbolizaba.

Cristina seguía con recojimiento todos los pasajes de la misa. Parecía haber recobrado la calma que la persistencia de las miradas de Alberto había alterado por un momento, y su ovalo correcto se destacaba con pálidos contornos sobre el fondo negro de su traje. Estaba bellísima en aquella actitud, algo inclinada la cabeza sobre el hombro, perdida la mirada entre la niebla dorada que entraba por las anchas claraboyas de la media-naranja del templo, palpitando acompasadamente el contorneado seno, prisionero dentro de una ajustada bata bordada de azabache que modelaba el busto prominente y el delicado talle de aquella niña.

Al profundo silencio que reinaba durante la ceremonia de la comunión, siguió una viva y ruidosa animación. La campanilla ya no tocaba triste y monótona, sino que repiqueteaba alegremente; los sacerdotes se pusieron de pié, el coro resonó con torrentes de armonías, y los incensarios se columpiaban agitadamente mostrando sus brasas encandecidas, y despidiendo nubes de incienso que velaban la mortecina luz de los cirios. Y entre los cánticos de los sacerdotes, y las armonías del órgano, y el repiqueteo de las campanillas, y las nubes azuladas del incienso, apareció en el medio del retablo la custodia, como un sol de oro, reflejando en las facetas de sus rayos todos los cambiantes de las luces rojas, azules, verdes y amarillas que se derramaban desde lo alto de la cúpula central semejando una lluvia de arco-iris.

Como aliviados de un peso moral, levantaron los fieles las cabezas y se arrellanaron con comodidad. Volvieron à resonar las toses secas comprimidas durante el solemne momento de la comunión, agitáronse nuevamente los abanicos, y revivieron en el templo todos los ruidos apagados.

Cristina se arrellanó también, y al hacerlo, cruzó con Alberto una mirada, vaga primero como el resplandor de una hoguera que empieza à arder, pero que à medida que se prolongaba se hizo mas intensa, fija, profunda; una de esas miradas en que los ojos se buscan en las pupilas, y que al encontrarse hacen brotar aristas de luz que se proyectan hasta confundirse en un solo rayo, alambre invisible por el cual se trasmite el fluido que la pasión engendra en los misteriosos laboratorios del organismo.

Un minuto duraron aquellas miradas, hablándose en su mudo pero elocuente lenguaje todo lo que el amor sabe decir cuando por primera despierta à la vida. Despues, ella, como fatigada por el choque, rindió la cabeza, abatiéronse los párpados sobre sus ojos, y quedó ensimismada, dejando caer de sus manos el rosario con que sus dedos jugueteaban. Alberto permaneció fijo, con la mirada brillante, deslumbrado todavia por el rayo de luz que había iluminado su corazón.

La misa tocaba à su fin. Leyendo en un misal colocado sobre el atril, el sacerdote cantodiaba el Padre Nuestro, y al terminar se volvió hacia el auditorio saliendo con voz destemplada y gangosa: *Ne nos inducas in tentationem*; à lo que los chantres del coro contestaban acompañados de los acordes del órgano: *Sed libera nos a malo*. Los monacillos dejaron descansar en tierra los altos candelabros que mantenían izados mientras el oficiante recitaba su rezo; despues los sacerdotes limpiaron prolijamente el cáliz cubriéndolo con una carpeta bordada de oro, leyeron en

voz alta el evangelio, y haciendo una reverencia ante el altar, se retiraron, levantando dos de ellos las puntas de la capa del oficiante, precedidos de los dos monacillos que llevaban los candeleros altos, y seguidos de los otros tres vestidos con sus sobrepellices blancos.

Las devotas comenzaban à retirarse poco à poco. Se persignaban hacían reverencias ante los altares, y salían por las grandes puertas que se abrían como mamparas de luz al extremo de las naves, mientras el organista se entretenía en amenizar el desfile con escalas y arpeggios caprichosos, desde los tiple con chillidos de oboe, hasta los graves con dulzuras de clarinete, prolongándose todos los sonidos en una melodía vaga como las nubes de incienso que flotaban en las concavidades de las bóvedas. El sacristán, entretanto, con una caperuza de lata sujeta en la punta de una larga caña, apagaba los cirios que iluminaban el altar y los pábilos carbonizados humeaban tristemente, despidiendo ese olor especial de cera derretida.

Cristina seguía sentada en el mismo sitio, como aprisionada por las miradas de Alberto, para quien nada había cambiado. No se había apercibido de que la misa estaba terminada y que el templo iba quedando solitario. Desde que vió à Cristina, todo se había borrado para él, y en su abstracción solo veía destacarse la figura de aquella mujer para él desconocida media hora antes, y que desde el momento en que tropezó con sus ojos llenaba ya toda su existencia y despertaba en él aspiraciones y esperanzas que nunca había sentido.

La campana de la torre empezó à llanar con toques sonoros y acompasados para la próxima misa. Las campanadas zumbaban en el templo con vibraciones de bordona, y à su eco volvió Cristina de un ensimismamiento. Miró en torno suyo como sorprendida de verse casi sola, y al encontrarse sus ojos con los de Alberto, los abrió desmesuradamente como quien ha creído estar soñando, y al despertar se encuentra con la realidad de su sueño. En seguida, se puso de pié, y lentamente, como si le costara arrancarse de aquel santuario en que acababan de florecer sus primeras ilusiones, se dirigió al cancel de la nave central, seguida de Alberto, cuyos pasos resonaban en el enlozado y repercutían las bóvedas con ecos claros y sonoros.

Cuando Cristina apareció en el dintel de la gran puerta del centro, entornó los ojos como deslumbrada por el sol que reverberaba en el empedrado de la calle y brillantaba el enarenado de la plaza. Abrió el abanico, y haciendo del envarillado una celosía que sombreaba su mirada, bajó la escalinata y siguió por la calle Ituzaingo hasta la de Rincon.

Alberto la siguió con la mirada hasta la esquina, esperando la confirmación de una esperanza que acariciaba con temor, pero cuando Cristina al doblar por el ángulo de la calle dió vuelta la cabeza en la dirección en que él estaba, pareció que todas sus dudas se disiparon, y con la mirada perdida en fantásticas visiones, se dirigió hacia la calle del 18 de Julio, donde había prometido à sus amigos alcanzarlos. Pero no había andado dos cuadras, cuando oyó que de la otra acera lo llamaban:

—Eh! distraído, ¿à dõnde vas à estas horas tan preocupado?

—Precisamente iba à buscarlos à ustedes como les prometí.

—Pues vas tarde, le dijo Carlos Centeno, y como queremos festejar tu resurrección, te embargamos desde ya por todo el día.

—Es que yo tengo...

—No tienes nada que hacer. Eres nuestro. Nos vamos ahora à almorzar à la Confeitería Oriental, à la tarde iremos al Paso del Molino, y à la noche...

—Ya sabes que yo no voy al teatro.

—¿Que teatro ni que tontería? El gran suceso de esta noche es el último baile de máscaras que dà el Club; allí tendrás ocasión de conocer à aquella niña que vimos hace un rato frente à la iglesia.

—¿Và? preguntó Alberto sin atreverse à decir más temeroso de que la voz traicionase su emoción.

—Si, và, le contestó Carlos. Esta noche se presenta por primera vez en un baile Cristina Peña, y de seguro que va à dar golpe.

Y jaraneando sobre el baile, y sobre las conquistas en perspectiva, cruzaron los jóvenes la plaza en dirección à la calle del 25 de Mayo, saludando de paso à las conocidas que volvían de la feria con ramos de jazmines y de rosas, deteniéndose con curiosidad en las vidrieras de la Carrau y de la Vigneau, cuyos salones estaban poblados de maniques, lujosamente ataviados con los vestidos de cola que por la noche ostentarian en el baile del Club las mas hermosas mujeres de Montevideo.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

MARIA

I

FIRICO idilio, henchido
De amor y de ternura,
Música que murmura
Del corazón al rítmico latido,
De alan inquieto y de rubor teñido

Su pálido semblante,
Disipa de mi pecho los dolores,
Y cantan sus acentos, como canta
El céfiro jugando con las flores.
Maria, así se llama; entre las hojas
Del libro de mi vida, no hay escrito
Un nombre más bendito.
El tiempo, los dolores, las congojas
Pudieron disipar los devaneos
De un alma juvenil y soñadora;
Pero ese nombre que la mente adora,
Esa música dulce del oído,
Vive, como ha vivido,
Borrascas desafiando y tempestades
En el altar de la memoria mía,
El grito de las patrias libertades,
La imájen de Maria.

Dulce, casto embeleso,
Aroma voluptuosa del sentido,
Perfecta realidad, íntimo beso
Que despertó en mi alma el sentimiento,
Canoro ruiseñor del pensamiento,
Canora poesía,
Mundo, luz, universo, movimiento,
Alma del alma mía.
Déjenme triste y solo,
Solo con los recuerdos, que llevaron
Como las brisas de la mar del polo
Los tímpanos de nieve de mi mente;
Déjenme solo, triste, indiferente
Contigo, conversando,
Así como conversá en la laguna
La brisa murmurando,
El argentado polvo de la luna.

Del sueño sin reposo,
Del rudo batallar, de la fatiga,
Tu voz es el arrullo cariñoso,
La paz del corazón, la dulce amiga, —
Y de los pobres versos de mi pluma,
Y de los místicos yermos que colora,
El aura que los besa y los perfuma,
La musa redentora.

Yo vivo con tu acento,
Como viven las olas con el viento,
Me anima tu memoria,
Como anima al guerrero la victoria
Y nace, al evocarte, la esperanza,
Como nace el reflejo
Del rayo de la luz en lontananza, —
Oye, pues, el consejo
De un alma joven, de un amigo viejo.

Todo lo que sonríe por el mundo
Es, como la existencia, sombra vana
Y embarga el alma de dolor profundo
El pensar en mañana.

Camino de la vida,
Camino de tropiezos y dolores,
¡Ay de la fe, dormida
En lecho de lisonjas y de flores!

Minuto es el placer, siglo el tormento;
Mas el pudor que en la pupila brota,
Dilata el corazón y el sentimiento
Y sobre el mar de las pasiones flota.

Es, aroma suave
Que al paraíso de la mente oréa,
Es, el canto del ave
Que en las floridas márgenes gorgéa.
Duerma siempre contigo,
Veje tu frente pura,
Y el almo techo, abrigo
Bríndele generoso a la ternura.

II

Ayer la vi pasar, un año hacía
Que de la luna el argentado rayo
Iluminó el semblante de Maria,
Dormida en melancólico desmayo.
Saludo más galante, nunca hiciera
El apuesto doncel a su señora,
Como aquel ademán con que sonriera
Mirándola pasar fascinadora.

Como la última vez en que tocarlos
Fuérame dado un día, sus cabellos
Impulsos me inspiraron de besarlos,
De sepultar mis lágrimas en ellos.

No irradiaron jamás; los resplandores
Del sol de la victoria, como irradia
La luz de aquellos ojos soñadores,
De aquella campesina de la Arcadia.

Una historia de amor, que nunca olvidó,
Cruzó por mi cerebro, como un sueño,
Y palpó mi corazón herido,
Y su semblante se mostró risueño.

Orillas de la mar, donde la espuma,
Sobre las olas indecisa flota,
La vi por vez primera, entre la bruma,
Como el patrio oriflama en la derrota:

Las olas en la playa murmuraron,
Concentos de suavísimo rumor,
Y unidas nuestras almas modularon
El clásico lenguaje del amor.

Después, a tierra estraña, sin auxilio
La nave de mi suerte me llevó,
Y en busca de otro mundo, aquel idilio
Jamás del pensamiento se alejó.

Rayo de luz, emanación, dechado,
Del hálito de Dios, eco bendito,
Verdadero ideal de lo soñado
Que al pensamiento eleva a lo infinito;

Astres tú, como la luz hermosa,
Como la mente juguetona, un día,
Forjara ensueños de color de rosa,
Ángel del corazón, dulce Maria.

Gallardo esquife, ganarás la orilla,
Palmera esbelta, llegarás al cielo,
Y ¡ojalá que no quemes tu mejilla
Lágrimas de dolor y desconsuelo!

Yo te perdono, como al hijo ingrato
La madre tierna que alivió su lloro,
Y aunque por ti mis ilusiones mato,
Yo te perdono, porque yo te adoro.

III

¡Ay del beso furtivo,
Que tiñe de sonrojos el semblante!
¡Ay del bagel velero, tan cautivo
Como el alga flotante!

Mira... ya no blanquea
La mata de jazmines el balcón,
Ni el humo de la lumbre colora
La atmósfera polar de su prisión.

Mira... triste y dolido
Ese drama sin público y sin gloria,
Que nace de un albor, albor perdido,
Que muere en el altar de mi memoria.

Mira... triste y suspenso
Ese ideal que sonriendo pasa,
Como espiral de perfumado incienso,
Como albornoz de transparente gasa.

¡Madre del corazón, madre querida
Levanta con tus frases mi desmayo
Y al ánima consada y dolorida,
Dadle un rayo de fe, tan solo un rayo!

Las luces languidecen,
Los céfiros no lloran, sino gritan
Estrofas melancólicas parecen
Que cuando un ángel muere se recitan.

La busco y la sonrío,
La estrecho junto a mí, por vez primera,
Y en el fondo del alma siento un frío,
Un frío que me ahoga y desespera.

De blanco está vestida,
Mi corazón, de luto y de tristeza,
No quema la pupila enrojecida,
No vuelve por mirarme la cabeza.
Más tarde... rezan, lloran...
La llevan... ¡pompas vanas!

Y duerme, adonde moran
Las flores del sepulcro, sus hermanas.

¡Ay del beso furtivo
Que tiñe de sonrojos el semblante!
¡Ay del bagel velero, tan cautivo
Como el alga flotante.

Montevideo, Agosto 17 de 1883.

JOAQUIN DE SALTERAIN.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 2

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
A 7 A D	T 3 R
T 8 T D	T 6 R
T 8 A R	P 4 R
P toma P al paso (mate)	

Variante

Las dos primeras jugadas de las negras son indispensables para evitar el mate que amenaza el caballo—Si en el tercer movimiento la T se coloca en la casilla 5 R la T da jaque mate.— Si la T negra vuelve a ocupar la casilla 3 R el P blanco la toma y dà mate al descubierto.

La solución nos ha sido enviada por El Duende, Rocambolito y Ed. Loedel.

CHARADAS

1.ª Semana — 2.ª Abatico?

Enviaron la solución de la primera Una Floridense, Madilet Puentes, Alpha, Doña Juanita, Maximines Kapiangas, Moniato, E. D., O. A., G. L., Ich Dieu, Cerate, C. Barrouquet, Lagan J. Llano del Durazno, Coruñes y Rosquelle.

La de la segunda: los mismos que anteceden, más E. Duade y Sofia.

FUGA DE VOCALES

Pasando por un pueblo un maragato
Llevaba tras del mulo atado un gato
Alque un chico mostrando disimulo
Asió la cola por detrás del mulo.

Fuè resuelta por Rocambole y Rocambolito, Dos Brujos, San Vista (de San José), Pitosanto (Canelones) Senador por Peñarol Brigadier Maximin y los que resolvieron la primera charada, con escepcion de Sofia y C. Barrouquet.

FUGA DE CONSONANTES

Herido el macho al parecer sensible
Pególe al mulo un arañazo horrible;
Herido entonces al sensible macho
Tirò una coz y derribò al muchacho.

Enviaron la solución Rocambole y Rocambolito, Doña Juanita, Maximines Kapiangas, Cerate, Madilet Puentes y Lagan.

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

Es el mundo à nii ver una cadena
Do rodandó la bola
El mal que hacemos en cabeza agena
Redundà en nuestro mal por carambola.

Resuelta por Rocambole y Rocambolito, Moniato, Ich Dieu, Doña Juanita, Alpha, Madilet Puentes, Lagan, San Vista (San José) y Coruñes.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

Loteria—Cuaterno—Alpiste—Carbunclo

Las cuatro fueron resueltas por Ich Dieu, doña Juanita, Madilet Puentes, Una Floridense y J. Llano del Durazno.

Resolvieron la primera solamente Dos brujos, Moniato, Maximines, Alpha, Cerate, San Vista, Brigadier Maximin y Pitosanto.

La segunda:—Rocambolito y Rocambole y los Maximines.

La tercera:—Los dos que anteceden y Dos brujos, Moniato, Alpha, Cerate, Brigadier Maximin, San Vista y Pitosanto.

La cuarta:—Los mismos que acaban de nombrarse con escepcion de los Maximines.

SALTO DE CABALLO N. 1

Oh! cuántas veces el delito lleva
Del supremo poder à la alta cumbre
Como del fondo de la mar eleva
Al cadáver su misma podredumbre.

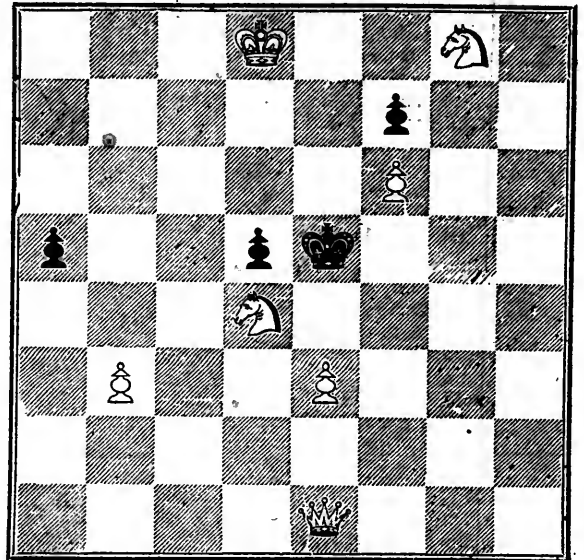
(Solucion de la fuga de consonantes del número anterior.)
Este juego ha sido el que ha obtenido mayor número de soluciones. Con escepcion de Dos brujos, E. Duende, E. D., A. O. y G. L., Sofia, C. Barrouquet y el Duende, lo han resuelto todos los demás y Nemo 1.º

GEROGLÍFICO

Hasta que no desaparezca la mujer existirá la poesia.

La solución fuè enviada por Doña Juanita, los Maximines, Senador por Peñarol, Pitosanto, C. Barrouquet, Sofia (que acepta el cumplimiento) y Madilet Puentes (que lo agradece).

**Problema de Ajedrez por Ignotus
NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Ven y di, prima y segunda
Como es mia la tercera,
Yendo à procurar el todo
En la granja de Vidiella.

FUGA DE VOCALES

.ncl.t.—v.nc.dr.—d.—c.n—c.mb.t.s,
.g.t.ns.—d.—j.b.l.—t.s—m.n.s!
C.m.—d.m.st.—l—h.d.—n—t.s—f.n.s
N.—h.y—gl.r.—q.—n—t.—gl.r.—n.—rr.b.t.s!

FUGA DE CONSONANTES

.uic.—i.ó.—c.—u.—e.io.—o.—ui.a.e.?
l.ca.—c.e.a.—e.—u.o.—u.a.a.c.
.u.a.e.—a.—o.e.o.—y.—o.—o.a.e.
.u.i.e.o.—c.—a.—u.a.e.—o.—e.a.e.!

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

.i.a.t.—d.—l.—h.s.o.i.—a.e.i.a.a,
.a.a.—s.—n.—i.l.—a.—u.—t.r.a.—r.n.m.r.,
Q.e.—l.ó.—a.—i.e.t.d.—n.—u.—e.a.ó!
.s.—s.r.c.a.—a.—l.z.—b.g.t.n.
T.—o.r.m.s.—o.—t.—e.t.t.a.—c.n.—u.—o.b.e
e.—e.i.—p.d.s.a.—d.l.—h.n.o.a.ó!

PALABRAS DESCOMPUESTAS

REDIACITA — FOCINERO — PECILAH T

GEROGLÍFICO NÚMERO 3

